

CANTO Á GRANADA

DEDICADO

AL REY DE ESPAÑA

D. ALFONSO XII

POR

D. FRANCISCO VALERO Y QUESADA.



GRANADA.

IMPRESA DE PAULINO VENTURA SABATEL,
PLAZA DE DIB-RAMBLA.
1878.

Biblioteca Universitaria

B

11

260 (22)

R-25.545

CANTO Á GRANADA.



CANTO À GRANADA

DEDICADO

AL REY DE ESPAÑA

D. ALFONSO XII

POR

D. FRANCISCO VALERO Y QUESADA.



GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO VENTURA SABATEL,

PLAZA DE BIB-RAMELA.

1878.

25 AGOS. 94

G. Aguilera

Al Rey de España

D. ALFONSO XII.

SI de osado pecco dedicando á V. M. una de mis poéticas producciones, un propósito laudable abona la absolucion de mi pecado.

Entusiasta por las glorias de mi patria querida, no me satisfacen las históricas tradiciones, porque hablan sólo al que las busca, mientras que, si se materializan, hieren siempre agradablemente las sensuales fibras del hombre menos ilustrado.

¿Quién no se fija en la estatua de Cervantes? ¿Quién ignora que su libro enrollado es el QUIJOTE?

¿Qué español deja de sentir un estremecimiento nervioso cuando se aproxima al monumento elocuente del *Dos de Mayo*?

Granada: ese paraiso de maravillosa y fértil vejetacion, que el poeta no ha sabido describir, fué la cuna escogida de varones ilustres y esforzados; fué la patria de Perez del Pulgar, de Fray Luis de Granada y de Alonso Cano, certificando así en épocas distintas, que aquel país delicioso encierra gérmenes tales, que en su fácil desarrollo, han contribuido poderosamente al adelanto de las ciencias como al de las artes.

En un santuario artístico de aquella heroica y nobilísima Ciudad, yacen pulverizados los restos del guerrero, fundador de la casa del Salar, y una capilla, misteriosa por su débil luz, sirve de monumento respetuoso á la memoria del gran Pulgar.

El recuerdo de la Mariana Pineda se levanta imperecedero en el Campillo de la misma poblacion, y no hay labriego que, por oscuro, reprima el suspiro expansivo que la reminiscencia arranca de aquella heroína y mártir de nuestras libertades.

Fray Luis de Granada nos legó con sus obras escogidas, la pureza de nuestro rico idioma castellano.

Alonso Cano enriqueció nuestros museos con esculturas y lienzos de bella origi-

nalidad, y sin embargo, aquellos dos genios, inmortales por sus obras, no han merecido aun un pequeño tributo á la posteridad.

Pero hay más: de Granada partió para su conquista el coloso genovés Cristóbal Colon, y escarnecido antes y burlado despues, regaló á una nacion extraña un mundo desconocido, inmenso, rico y esclavo.

Llor al eminente orador que con su poderosa elocuencia supo arrancarle de derecho su vergonzosa y lastimera condicion.

En Portugal tiene Colon una estatua: España conserva solo sus cenizas en la Catedral de la Habana. No seamos menos que Portugal en el terreno de la gratitud, porque seria tanto como conceder que la parte es mayor que el todo.

La dedicatoria á V. M. de mis pobres versos ha tomado origen en la iniciativa patriótica de immortalizar ostensiblemente la memoria de Alonso Cano, Fray Luis de Granada y Cristóbal Colon, erigiéndoles estatuas en la Ciudad de Granada.

Á sus ilustres Corporaciones Municipal y Provincial, á las que tambien alcanza mi atrevida dedicatoria, cumple la realizacion de mi desinteresado propósito, respecto á

los dos primeros: al Monarca español cumple asimismo, en mi opinion humilde, levantar la del intrépido genovés.

Aquellas entidades honrarán dos nombres y un pueblo.

V. M. puede honrar dos naciones y un nombre.

Vuestra Augusta Madre aspira todavía el rico perfume de los moriscos cármenes de la arabesca Ciudad, y en sus oídos resuena, sin duda, el apacible y embriagador murmullo de sus millares de caprichosas fuentes.

Si un día, lejano ya de la infancia, pisara V. M. aquella alfombra de lozanas flores, podría simbolizar con ellas, en otras tantas coronas, su amor á las grandezas de nuestra patria, al visitar los tres monumentos erigidos á la abnegacion de la primera Isabel, y á la arrogancia noble del gran geógrafo y marino; á la pluma del primer hablista castellano y al pincel y buril del excéntrico racionero y sublime artista.

Conozco los estrechos límites de una dedicatoria real; pero como al dedicar pido, y para pedir hago historia, no he sabido resolver el tema en menos conceptos.

Si mi culto á todo lo grande es el móvil que me lleva ante un Monarca para emitir un pensamiento, irrealizable sin su cooperación, discúlpeme el buen deseo; y si sus formas y accidentes carecen de interés, supla la benevolencia de V. M. las dotes que faltan al autor.

Á L. R. P. de V. M.

Francisco Valero y Quesada.

CANTO Á GRANADA.

Es de noche y son las doce;
dejadme aislado que goce
del inefable estupor,
con que aduerme y enajena
la brisa en noche serena
neutralizando el calor.

Dejadme aquí entre las flores,
que con sus gratos olores
cobraré fuerza vital;
y si todo ya reposa
en la noche silenciosa
basta ya de bacanal.

Después de siniestra orgía,
de que la memoria mía
no da detalles aquí,
algun tanto fatigado
en duro escaño sentado
reclinado me dormí.

Velaba pálida luna
mi sueño, mas dió la una,
luego rodaron las dos,
y el tan tan de otra campana
colgada en torre cercana
del aire ondulaba en pos.

Su monótono latido,
tantas veces repetido
del campanero al compás,
se pierde por rica vega
diciendo al labriego, riega
que dentro del turno estás.

Régio alcázar, maravilla
de augusto Rey de Castilla,
de Alemania Emperador,
ostenta exterior belleza,
simulando la grandeza
de aquel Rey conquistador.

Copiando en mármol batallas,
lanzas, escudos y mallas,
un portento nos legó;
porque es en este palacio
cada sillar, un topacio
que el escultor cinceló.

Sus relieves, sus encajes
fingen cotas y ropajes
del más delicado arnés,
y los briosos coreeles,
luciendo sus oropeles,
parecen mover los piés.

Aquí se mira un guerrero
que rompe su corvo acero
contra escudo protector,
y más allá ruedan rotas
las gualdrapas y las cotas
del vencido y vencedor.

¿Por qué tan régio recinto
no concluyes, Cárlos Quinto,
para gloria nacional?
Porque en extranjera tierra
no quisiste más que guerra,
guerra y dominio feudal.

El muro se desmenuza,
y el murciélago y lechuza
anidan aquí y allá;
y el tiempo que no perdona
ni tiara ni corona,
todo al fin lo destruirá.

Barrunto que ya discurre
si no te duermes ó aburres,
mi muy querido lector,
que el paraje en que he dormido
es la Alhambra, es el nido
del poeta y del amor.

Fácilmente se recela
que es la torre de la Vela
en la que antes me fijé,
y el tan tan que de ella emana
de su histórica campana
á cuyo son desperté.

Incorporándome luego,
y sin turbar mi sosiego
el rüido más fugaz,
pude apreciar silencioso
el cuadro voluptuoso
de aquella nocturna paz.

Y la luna nacarada
ya por celajes velada
de rarísimo vapor,
más presurosa corria
sin duda temiendo al día
porque apaga su fulgor.

Y en efecto, pronto vino
el lucero matutino,
mensajero de la luz,
y al renacer la alborada
la noche entre avergonzada
abandonó su capuz.

Su pluma sacude el ave,
y con acento süave
preludia alegre cantar,
mientras la flor fertiliza
sus pétalos, que desriza,
ganosa de cautivar.

Por alejar la pereza,
con forzada ligereza
el asiento abandoné,
y al ponerme en movimiento
febril entumecimiento
en los miembros observé.

Cruzando el pequeño espacio
que hay del uno á otro palacio,
el conserje respondió
al primer golpe, propicio;
la puerta giró en su quicio,
y entrando yo, se cerró.



Allí recorren su cielo
la soledad y la calma;
allí cerniendo su vuelo,
testigos son del anhelo
que se despierta en el alma.

Allí la luz se destella
fingiendo un tornasolado;
cada claro es una estrella
que alumbra, radiante y bella,
aquel palacio encantado.

Si hay alguna celosía
que la luz entibie asaz,
cautelosa en demasía,
es el tul que allí servía
á las moras de antifaz.

Las ricas ensambladuras
del árabe artesonado,
copian entre sus molduras
alegóricas figuras,
ó dan un cielo estrellado.

Cada muro es una hoja
de dibujo musulman,
y á cualquiera se le antoja
que su tinta azul y roja
son preceptos del Coran.

Los relieves, filigrana,
los mosaicos, los calados,
las cúpulas oro y grana
y la artística ventana
son caprichosos bordados.

Y como si algun paisaje
faltara á mis ilusiones,
crucé bajo el cortinaje
del escayolado encaje
del patio de los Leones.

El mármol que allí ligero
su gravedad se reparte,
está diciendo altanero
«cada columna, viajero,
es un Hércules del arte.»

Son otros tantos botones
sus preciosos capiteles,
que recogen los festones
de aquellos claros crespones
que tejieron los infieles.

El aire que allí suspira
desde una á la otra estancia,
es suave aroma que gira
á merced del que respira
su delicada fragancia.

Y si alguno se desliza
por ojiva ó ajimez,
de nuevo se aromatiza;
y si vuelve, rivaliza
sus perfumes de otra vez.

De este alcázar, la belleza
descuella tan sin segundo,
que cuasi implica torpeza
no descubrir la cabeza
dentro de aquel otro mundo.

Y luego, como la historia,
con más ó ménos pasion
despierta en nuestra memoria
costumbres, nombres y gloria,
es completa la ilusion.

Ya parece que un Emir
envuelto en blanco alquicel,
se apresta para salir,
un mensaje á transmitir
de Boaddil para Isabel.

Ya fiera tropa agarena,
que con instintos salvajes,
con ruda faz y serena
ejecuta la condena
de nuestros Abencerrajes.

Ya una dama que, encubierta,
tal vez por causar enojos,
abre misteriosa puerta;
y es que á contener no acierta
el flúido de sus ojos.

Más negros que el terciopelo
de los pliegues de su manto,
ya revelan dulce anhelo,
ya el impaciente recelo
de quien nunca esperó tanto;

Mas cansada de aguardar
amante que le es infiel,
vuelve la puerta á cerrar,
y anhelante á suspirar
por su africano doncel.

Fatigado de fingir
quiméricas ilusiones,
quise de la Alhambra huir,
para poder sacudir
mis fantásticas visiones.

En extremo preocupado
salí, como quien recela
que por sombras va espiado;
y me dirigí ofuscado
á la torre de la Vela.

Sus opacos escalones
subí con tal ligereza,
buscando otras impresiones,
que dudé de mis pulmones
y vaciló mi cabeza.

Vivificadora y pura
la atmósfera de Granada,
ofrece en aquella altura
esa vida prematura
que jamás se ve agostada.

Y allí absorto contemplando
panorama tan risueño,
mi fatiga fué cesando,
y el alma fué despertando
de su quimérico sueño.

¿Quién la maga lira
de nácar y oro
en donde se inspira
pulsando Rubí,
feliz poseyera
y en canto sonoro
elevar pudiera
lo que admiré allí?

¡Mas ay! que mi mano
si la pulsa aleve
y á herirla se atreve
queriendo cantar;
yo sé que es en vano,
porque nada brilla
do cantó Zorrilla:
más vale callar.

Que torpe sonido
mi musa produce,
y es hondo gemido
por mi nulidad;
mas ya que Granada
tanto me seduce,
no decirla nada
seria crueldad.

Arrullada por el Dauro
comienzas allá, en un valle
en que tu primera calle
data desde el rey Boabdil.

Limitando la ribera
ó ya su cauce cubriendo,
su curso vas protegiendo
hasta llevarlo al Genil.

Las soberbias alamedas,
los jardines deliciosos,
los cármenes caprichosos
vegetan con tu raudal;

Y las fuentes, y las flores,
y las aves por do quiera
de tu eterna primavera
son elocuente señal.

Parece que al construir
aquella Torre almenada,
fué por dotar á Granada
de universal mirador.

Allí el pueblo ansioso sube
un día; el dos de Enero;
y allí sube el extranjero
curioso y observador.

Desde allí todos te admiran
como á cándida paloma,
que arrullada se desploma
sobre árabigo verjel.

Y festiva y bulliciosa,
cada calle es un mercado,
cada casa es un terrado,
cada plaza una Babel.

Más allá tu vega rica,
campo del Abencerraje,
se extiende cual verde encaje
en que salpica el rubí.

Á otro lado la Alpujarra,
donde la vista se aferra,
y es por descubrir la tierra
del guerrillero Monfi.

Á la izquierda se levanta,
como colosal atleta,
el picacho de Veleta
que muy jóven escalé,

Y á la diestra la llanura,
inimitable en el arte,
do tremoló su estandarte
de Isabel, la Santa Fé.

Á la espalda, en atalaya,
enfilan el horizonte
los cerros del Sacro-Monte,
San Miguel, Generalif;

Mezclando en nuestra memoria
recuerdos monumentales;
ya de obras nacionales,
ya del imperio del Rif.

Cuanto desde allí se observa
es tan rico en impresiones,
por su aspecto y tradiciones
como más no puede ser.

Pues aunque el mundo quisiera
levantar otro Granada
léjos de Sierra Nevada,
declinara su poder.

Así tan solo se explica
la pureza de tu cielo,
la riqueza de tu suelo
tu clima primaveral.

Y en tu extenso panorama,
biblioteca de poesía
resalta la melodía
del rico estilo oriental.



En tí combinó sus tintas,
en tí estudió sus paisajes
y transparentes celajes
el inmortal Villamil,

Dotando nuestros museos
de bellezas que, á estimarlas,
no bastaran á pagarlas
las riquezas del Brasil.

En tí, su raza mezclando
la española y la africana,
cuna fuiste de Mariana,
gloria y tumba de Isabel.

Y en tus tipos estudiaron
buscando póstumo brillo,
sus Concepciones, Murillo,
sus Vírgenes, Rafael.

Pero me olvido ¡Oh Granada!
que canto fanatizado.
¡Es tanto lo que he gozado
entre tus encantos mil!

Que despues de cuatro lustros
que al fin me han encanecido
aun vibra dulce en mi oido
blando arrullo del Genil.

Descender intento desde la alta Vela
Á ese solitario templo monacal,
En que del cartujo, el arte revela
Múltiples estilos, gusto original.

Pero el pensamiento, dentro su recinto
Se eleva anhelante, arrastrado en pos
De ascético monje, que hasta por instinto
La senda señala que sube hasta Dios.

Caprichoso mapa, difícil trazando
Corriera tus calles, una y otra vez,
Para que mi pluma fuera levantando
Memorias que entrañan, honra, gloria y prez.

¿Mas quién me asegura que no ha de ser vano
Mi empeño, si insisto, queriendo cantar
Las glorias del arte por Alonso Cano
Y las de la guerra por Perez Pulgar?

Mi trémula mano demás fatigada
Inicia las tintas de un rico blason:
Un tributo quiere Fray Luis de Granada,
Monumentos piden Alonso y Colon.

Sus nobles figuras, de elevada frente,
El bronce retrate, tornando inmortal
Un grato recuerdo, y humilde cimiento
Mi pálido canto, triple pedestal.

Un adios, Granada tu gloria evocando
Coronas descubre de verde laurel,
Que ciñen las sienes del noble Fernando
Ó adornan la frente de invicta Isabel.

Tu heroica conquista expulsando al moro,
Irradió en España la esplendente luz,
Que busca el cristiano, cual rico tesoro,
En el tierno emblema de la Santa Cruz.

Llor á Granada en la historia sin segundo;
Cese de mi lira el desacorde son:
Adios, oriental vestíbulo del mundo,
Del nuevo mundo de inmortal Colon.

27 de Diciembre de 1871.

El autor tuvo la honra de elevar hasta S. M., cuando visitó á Granada en Abril último, un manuscrito de esta composicion con la carta siguiente, y cuya respetuosa entrega le acreditó el Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz.

AL REY

D. ALFONSO XII.

Pido la vénia Real al comenzar esta misiva, y saludo respetuosamente á V. M.

De Villacarrillo en la Provincia de Jaen á 1.º de Abril de 1877.

Mi escasa ilustracion la debo á Granada.

Prenda sea de mi gratitud por el pensamiento que encierra, la adjunta dedicatoria á V. M.

No hay vida sin el ayer.

No hay vida sin el mañana.

El hoy discurriera bien pobre de accidentes, si no envolviera recuerdos ni esperanzas.

Séame permitido despertar en V. M. los de nuestra historia de remotos tiempos, hoy que puede identificarse con ellos en esa Ciudad ennoblecida por los Reyes Católicos, ante cuyos sepulcros habreis de orar.

No puedo resistir al deseo, torpe tal vez, de elevar hasta V. M. mi humilde canto, escrito en 1871, y la dedicatoria, según la hice á su advenimiento feliz al Trono de sus mayores, ya que antes embargárame para hacerlo, el temor que engendra la desconfianza en la propia obra.

Si V. M. acepta benévolo mi pensamiento, lo haré imprimir para tener la honra de llevar á vuestro Real Palacio otro ejemplar más, en relacion con la elevada entidad de su objeto.

B. L. R. P. de V. M.

Francisco Valero y Guesada.

